

*Sin alas para volar,
el ñandú quiso soñar*





Julián abrazó a su hermanito Mariano, tratando de calmarlo:—¿Qué te pasó? ¿Por qué lloras? ¿Te lastimaste?

—¡Ese ñandú de porquería me robó! ¡Se llevó el mejor de mis autitos, el azul!

Julián observó a su alrededor y sólo vio alejarse una nube de polvo.

No sabía cómo tranquilizar a Mariano. La pérdida era tremenda y el enemigo, Choique el ñandú, era un animal pendenciero, ladrón y de pocas pulgas.

Mariano no lo había visto llegar. Sigiloso, Choique tomó el juguete y salió a 60 kilómetros por hora, la velocidad máxima que pueden alcanzar los de su especie. Ni Martín podía competir con un ave nacida para correr.

—Sí, sí, entiendo —dijo el viejo cuando lo visitaron pidiendo ayuda—. Es el mejor auto. Veré a don Choique, ¡pero tiene tan mal carácter! Espero no me reciba a las patadas.

Para endulzarlo pensó llevarle frutos de un árbol cercano. Para eso llamó a Lorenzo.

—¡Estoy cansado, *krreo!* ¡No me pueden ver tranquilo!

—Vamos, apúrate y vayamos a lo del “avestruz”, como dicen en el campo.

De mala gana, Lorenzo arrancó frutas maduras, y juntos volaron hasta el destino.

Como de rodillas, con cuello y cabeza vueltos hacia atrás, el ñandú parecía dormir.

—Buenas tardes, don Choique —saludó Darío.

—¿Qué quiere? ¡Hoy tengo un día horrible!

—¡También, si comes juguetes en vez de granos, *krreo!* —observó el loro.

El viejo siguió amablemente:

—¡Le trajimos un postre!





—No tengo hambre.

Cuando Darío preguntó a Choique qué le pasaba, éste lo sorprendió con una lista de lamentos. No era eso lo que podía esperarse del irascible ñandú.

—¡Mi vida es un desastre! ¡Nadie me quiere! ¡El mundo es una porquería! ¡Si me acerco a alguien, sale corriendo!

—Dígame, amigo Choique —preguntó Darío—, ¿no habrá algo en usted, algún comportamiento que molesta a los otros?

—Y, sí, debe ser! Sé que tengo feo carácter, que me peleo, que robo... Me han tocado todos los males. Soy feo, enorme, el ave terrestre más grande de América; tengo patas y cuello espantosamente largos y, para colmo, cabeza chica y pico corto. Además, me falta una cola como la gente. Los únicos que se interesan en mi cola son los fabricantes de plumeros. ¿Qué hembra me va a mirar? No tengo nada interesante —Choique gemía. — Y para peor, alas cortas y flojas que no me dejan volar. Los ñandúes somos la única especie de ave que no vuela.

—Hay otras: los pingüinos, los avestruces africanos, los kiwis, los...

—¡A mí qué me importan los otros, viejo! No aguanto más. El otro día vi a su cóndor amigo. ¡Qué majestuosos! Todos lo admiran. Y yo, pegado a la tierra juntando grasa.

¡Nadie me comprende! Un mamarracho de metro y medio, obligado a andar, mientras cualquier pajarito se luce por el aire. ¡Por favor! ¡Por eso tengo esta bronca!

—Si tanto desea volar, yo quizá podría armar unas alas grandes... sí, creo que es posible. Pegaré plumas a sus alerones. Claro, no son sólo las alas. El vuelo precisa aprendizaje, no digo que no podrá pero...

—Sí, dígalo. Con mis 30 kilos jamás despegaré del suelo.

—¡Veremos! —lo alentó Darío—. Pronto volveré. ¡Ah!, ¿y el auto azul de Mariano...?

—Traiga las alas y se lo busco. Tengo escondidas cientos de cosas robadas.





Desde un árbol cercano se escuchó la voz de Lorenzo:
—Yo sé cuál es el auto de Mariano, *krreo*. ¿Dónde está, a ver? ¡Este cerdo se lo debe haber tragado!

—Me podré tragar anillos o piedritas, para mi digestión, pero autos no. Te lo mostraré, pero lo llevarán cuando tenga mis alas. Conozco a los hombres; prometen y olvidan.

Caminando llegaron hasta el hueco de un gran ombú, que ocultaba un tesoro de objetos.

—¡Ahí tienes, loro roñoso! Por allí debe estar. Pero llévate, ni una pajita, eh. Sin alas no hay juguete. ¡A mí no se me engaña!

—Está bien. Ya lo vi, *krreo*. Te traeremos las alas.

Apenas se alejó un poco, el loro masculló:

—¡Aunque vueles, ladrón serás lo mismo!

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Darío a Lorenzo, mientras regresaban planeando.

—Ah, algo se me pegó sin querer, *krreo*. —Era el auto azul.

—¿Y eso otro? —dijo severo el Abuelo.

—Ah..., parece un trompo. ¡No lo había visto! Ya que está se lo llevaré a Guidito.

—Ay, Lorenzo. Estarás castigado. No vendrás cuando lleve las alas a don Choique.

El loro puso la colita entre las piernas y siguió aleteando desconsolado.

Días después, Darío propuso a los chicos visitar a Choique.

—No tengan miedo de él. Estoy seguro de que las alas que le hice con plumas de aves amigas, le endulzarán el carácter. Verán una divertida práctica de vuelo.

Los primeros ensayos del ñandú fueron una fiesta. Corría, y cuando intentaba despegar, las alas se le enredaban, volcaba de costado, o tropezaba. Cuando al fin levantó vuelo, cayó patas para arriba. Los chicos se revolcaban de la risa.



—Es un experimento —explicó el viejo—. El vuelo exige formas aerodinámicas, destreza, conocimiento de las corrientes de aire, manejo de la cola como timón.



Pero Choique era feliz. Ni fracasos, ni risas, ni porrazos lo harían desistir.

Y quien insiste consigue su objetivo. Por eso Choique empezó a volar. Ensayaba todos los días, apenas molesto por las miradas burlonas de las “muchachas”.

—¡Fíjate qué cosa horrible! ¡Choique con ridículas alas! ¡Está loco!

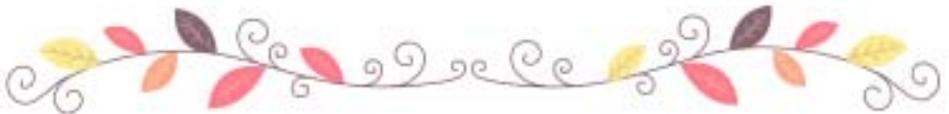
— ¿Qué le habrá pasado, pobre? —pensó Charito, una hembra blanca.

—Espero que no vuele encima nuestro y le agarre descompostura —bromeó otra.

Un día, el ñandú volador comprendió que las pampas no eran lugar para él. “Claro —se dijo—, del cóndor no se burlan porque él, con su vuelo poderoso, se pasea por inmensidades montañosas. Ese es el ambiente para voladores como nosotros. No puedo quedarme aquí. ¡Hacia los Andes se ha dicho!”

Llegar a la alta cordillera no fue sencillo. Entre vuelos y caminatas, vio muchas madrugadas, y notó que su sombra se iba acortando. Pero cierta vez, cuando las fuerzas empezaban a agotársele, observó a lo lejos planear a un cóndor. Llegaba al reino de las alturas infinitas: los Andes. Intentó alcanzarlo y sintió la torpeza de su vuelo. Al fin trepando, jadeando, aleteando con esfuerzo, tropezando las más de las veces, llegó a unas rocas blancas. Era la condorera, sitio de reunión de cóndores, a la que arribó enfermo y hambriento. Lo recibieron sorprendidos.

—Nadie de la llanura viene aquí —dijo Vultur, el viejo macho. Viéndolo temblar, lo taparon con pajas y le ofrecieron trozos podridos de carne. A Choique le dieron asco esos



restos malolientes, que son el alimento preferido de los cóndores.

—¿No se consigue por aquí alguna fruta? —preguntó—. ¡Sólo veo piedras!

—Aquí, la comida escasea, amigo. Pasamos hambre. Durante días no probamos bocado. Estas no son las pampas. A cambio, sólo tenemos hermosos cielos.

—¿Siempre hace este frío? —quiso saber Choique, tirando debajo de la paja.

—Ahora estamos en verano, amigo. Frío hace en invierno. Entonces, todo es hielo y nieve. Pero el frío se aguanta, ¡lo inaguantable es el hambre! Muchos de los animales que viven por aquí mueren. ¡Por suerte! Eso nos permite sobrevivir a los que resistimos. Al menos comemos carne recién descompuesta.

—Uff —dijo el ñandú—. Yo nunca probaré.

—¡Ustedes sí que tienen suerte! En las pampas abundan arroyos, flores, comida, animales. A propósito ¿a qué viniste?

—¿Eh?... ah, vine a pasear —mintió Choique.

—Claro, claro. Ahora anda a ver si consigues algo de comer a tu gusto.



Las profundidades le producían terror, el frío endurecía sus músculos.

—¿Este es el paraíso de los cóndores? —se dijo. Desilusionado, soñó caminatas en el amanecer de su tierra, cuando el rocío goteaba el verdor de las hojas. Imaginó cantidad de frutos, bonitas hembras. Evocó a Charito. “Ella me miraba, lo sé, pero nunca me animé. ¡Si pudiese volver...!” Sintió que la abrazaba, que...

Vultur y los suyos encontraron a Choique en el fondo de un barranco. Tenía alucinaciones. Estaba helado y desfalleciente. Lo obligaron a comer carne podrida y a beber sangre de guanaco muerto. Le dieron arcadas, pero comenzó a recuperarse.

—¡Menos mal que lo hallamos! —pensó el viejo cóndor—. Si no, no cuenta el cuento.

Choique comprendió que un ñandú pampeano está fuera de lugar en la montaña. “Aquí soy como pingüino en la selva”, se convenció.

—Perdona —le dijo la vieja compañera de Vultur interrumpiendo sus cavilaciones—. Por mi edad me permitiré





aconsejarte. Se te ve joven y buen mozo. Mis hijas lo dicen. Eres fuerte, robusto, con un cuello estilizado y piernas delgadas, a la moda. ¡Lástima esas alas que arrastras mientras caminas! ¿No podrías cortarlas? Total, lo mismo vuelas mal. Te admiramos como corredor, pero como volador eres un desastre.

Choique, se animó a confesar su ambición de ser cóndor.

—Se suele desear la suerte del otro —pensó Vultur—. Nos ocurre a todos. Has hecho bien en probar, pero ya ves el resultado.

Cuando las hembras jóvenes se juntaron para, con delicadeza, despegar las alas artificiales de Choique, un joven cóndor comentó:

—¡Hay bichos que tienen suerte! ¡Qué envidia!

“¡Un cóndor envidiándome!”, se admiró. Era un aprendizaje que jamás olvidaría.

Sus amigos de la condorera lo acompañaron desde la altura, mientras el ñandú, recuperado, bajaba veloz, pico-teando, bañándose en algún arroyo. Como lo había hecho siempre. Anduvo mucho, pero tenía energía nueva. Así, caminando y al trote, llegó por fin a su tierra.

Lo primero que divisó fue un grupo de “muchachas” y entre ellas a la blanca Charito.

—¡Hola, preciosa! —saludó desde lejos—. ¡Qué tal chicas! ¡Cómo las extrañé a todas!

Ellas se acercaron. No podían creer. Choique era otro.

—¿Qué te pasó? ¿Qué hiciste tanto tiempo? ¿Perdiste esas horribles alas?

—Ahhh, fue una increíble experiencia. Volé entre cóndores, quise ser distinto. Hoy me siento bien así, sin alas ridículas ni vuelos absurdos para un ñandú. Bueno, pero eso ya es historia antigua. Y ustedes, chicas, cuéntenme, ¿cómo les ha ido?

Charito se acercó mimosa. Admiraba la transformación del hosco Choique en este simpático y conversador ñandú.



—Sin duda ha madurado —dijo una vieja “avestruza” que oía como al descuido.

—¿Quieres ser mi favorita? —preguntó Choique a Charito con dulzura—. Y ustedes, ¿querrán formar mi harén? ¿Qué les parece?

—¡Sí, sí, claro! —contestaron. Eso es costumbre en nuestra especie. Cuando pongamos entre todas, esos grandes huevos amarillentos, tú los incubarás ¿cierto?

—¡Por supuesto! Estaré orgulloso de ser padre de una tropilla de charabones.

Ese mismo día Choique se cruzó con Lorenzo, el loro ayudante.

—Ven, viejo amigo Lorenzo. ¡Cuánto tiempo sin verte! Me gustaría charlar contigo, saber del bueno de don Darío y de los chicos. Cuéntame.

—¡Estás irreconocible, *krreo!* ¿Qué te pasó? ¿Y las alas que te hicimos?

—Quedaron en la montaña, con mis sueños absurdos. Ahora lo comprendo todo. Un ñandú tiene que caminar, correr las pampas, hacerse dueño de la inmensidad.

Lorenzo, el loro hablador, por primera vez en su vida, quedó mudo.

—Ah, mañana festejaremos mi casamiento con Charito y las demás muchachas. Están invitados don Darío, los chicos, tú y todas las aves que donaron plumas para mis alas.

La fiesta resultó inolvidable. Nahuel llegó disfrazado de ñandú volador. Tropezaba y caía. Julián hacía de cóndor. Martín, cazador, tiraba bolitas con su rifle de juguete (alguna le pegó a Choique que rió); Mailén, hacía de Charito enamorada, y Mariano de papá ñandú, con Guidito y muchos pájaros detrás, como si fueran charabones.

Cuando Choique vio a Guido, le mostró el ombú donde había guardado tantos objetos.

—Anda pequeño, toma lo que quieras, ya nada más esconderé.





A Lorenzo, que tiene manchas rojas en cada ala, se le puso colorado todo el plumaje.

—¡No vayas Guidito, *krreo!* ¡No hay nada allí! Resulta que vino un gran huracán y...

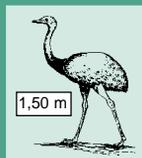
Darío, que había previsto alguna travesura del loro, sacó el rociador y lo bañó.

Lorenzo se sacudió el agua encima del novio, de las distintas novias, de los chicos, de los invitados. Fue una jarana tal, que las risas todavía se escuchan.

Y aun hoy, cuando los ñandúes que quedan han sido acorralados en estancias, las madres siguen contando a sus pequeños la historia de Choique, que descubrió en sí mismo, el valor del ñandú como símbolo de pampa y libertad.



ÑANDÚ



¿Cuál es tu nombre? Ñandú.

¿Otros apodosos? Ñandú común, avestruz, avestruz americano, choique, suri.

¿Y tu nombre científico? *Rhea americana*.

¿Qué haces? Vivo en relativa libertad dentro de grandes estancias. No vuelo, sólo corro o camino, generalmente en grupos. Como macho, soy polígamo. Las hembras ponen todas en un mismo nido en el suelo, enormes huevos amarillentos que yo incubo.

¿Qué lugares prefieres? Estepas, sabanas, grandes estancias y bosques.

¿Cómo eres? Mido aproximadamente un metro y medio. Soy el ave terrestre más grande de América. No soy pariente cercano del avestruz africano (que tiene dos dedos). Poseo tres dedos en cada una de mis largas patas. Tengo cabeza chica y cuello largo. Alas y cola cortas con plumas blandas. Plumaje grisáceo. Piernas blancas. Como macho tengo el pecho negro; la hembra no.

¿Dónde vives? En Brasil, Paraguay, Bolivia, Uruguay y Argentina, hasta Río Negro.